

ANDRÉS BONATTI

MITOS, LEYENDAS Y VERDADES DE LA ARGENTINA INDÍGENA



Para Mary

Índice

Capítulo 1. La rebelión de Oberá	11
En busca de la tierra sin mal	12
Mercenarios y encomenderos	14
El resplandor del profeta	17
La construcción del mito.....	21
Capítulo 2. Ongamira, de la tragedia a la leyenda.....	23
Habitantes de las serranías.....	24
El evangelio y la espada	27
Sagrada resistencia.....	29
El lugar más triste del mundo.....	30
Capítulo 3. El destierro de los quilmes	33
Agricultores y guerreros.....	34
Llegan los verdugos	36
Resistir hasta el final	38
Imágenes del destierro	39
Capítulo 4. Andresito, primer gobernador indígena	43
Hijo de las Misiones.....	44
El factor Artigas	45
Un indígena al poder.....	46
Haciendo historia en Corrientes.....	47
El enigma del final	50
Capítulo 5. La historia de Arbolito	53
Derrotero de un impiadoso	55
Un nombre, un símbolo	59
Capítulo 6. Cacica María	63
El camino hacia el cacicazgo	66

Líder política y religiosa	68
Rezos y negocios	69
Viaje a Malvinas.....	70
Fogatas póstumas	72
Capítulo 7. San Sebastián, crónica de una matanza	75
El martirio de un pueblo ancestral.....	77
Muertes absurdas.....	79
Las falacias del naturalista.....	83
Símbolo de impunidad.....	85
Capítulo 8. Apogeo y caída del cacique Inakayal.....	87
Orígenes de un cacique respetado.....	89
Espiritualidad y soberanía colectiva	91
El “amigo” Moreno	93
Comienzo del fin.....	94
El enigma de Foyel	97
Las dos muertes de Inakayal	100
Capítulo 9. Insurrección y muerte en San Antonio de Obligado.....	103
La “solución civilizadora”	105
Violencia y explotación	106
La rebelión de los reducidos	108
Impulso genocida.....	110
La hora de la Justicia	112
Capítulo 10. Tehuelches en Saint Louis	115
Siete elegidos.....	116
Zoológico humano.....	118
Civilizar a los salvajes	119
Unos juegos racistas.....	121
El fin del oprobio	123
Capítulo 11. Machis, guardianas del pasado	127
María Hortensia, la india Roca.....	128
María Epul de Cañuqueo, la curandera de Cerro Negro	135
Agradecimientos.....	141
Bibliografía.....	143

Capítulo 1

La rebelión de Oberá

Corría enero del año 1579. En la región de Guarambaré, muy cerca de la actual ciudad de Asunción (Paraguay), bajo un sol abrasador, cuyos rayos apenas cubrían los árboles de la selva, un grupo de guaraníes cantaba y bailaba con frenesí.

“Oberá, Oberá, Oberá, paytupa, yandebe, hiye, hiye, hiye.”

Frente a ellos, extasiado, casi en estado de trance, con su cabeza cubierta con una corona de cuero y plumas, su mano decorada con uñas de yagareté, el cacique Oberá los guiaba con prédicas de libertad, que llamaban a desafiar a los invasores y a recuperar las tradiciones que se habían perdido cuando comenzó la conquista.

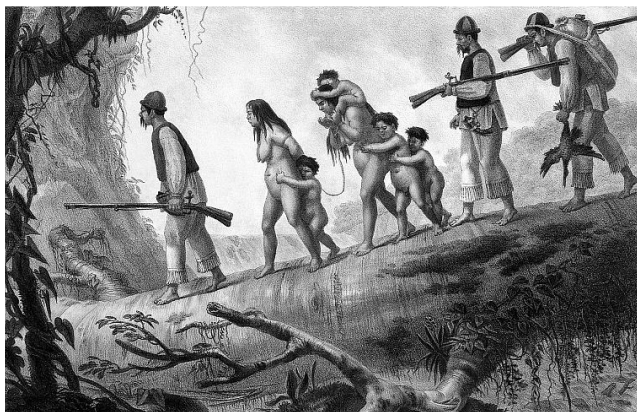
La escena parecía ser una de las habituales ceremonias religiosas que los guaraníes realizaban desde tiempos ancestrales para adorar a sus dioses, creadores de todo lo conocido, guiados por un payé (chamán), la mayor autoridad espiritual del pueblo.

Sin embargo, ese día no se trataba de un ritual más, sino de la gestación de lo que en poco tiempo se convertiría en la mayor rebelión guaraní contra el poder español, liderada por Oberá, el cacique que se consideraba a sí mismo el hijo de Dios, el hombre que tenía el designio de liberar a su pueblo del yugo de los conquistadores. Eximio guerrero, dueño de una singular locuacidad, venerado por los suyos como autor del bien y del mal, hacedor de milagros, con poder sobre el cielo y la tierra, Oberá surgió como el redentor de la nación guaraní oprimida.

La llama del alzamiento que nació en Guarambaré se extendió rápidamente entre las comunidades que había hacia el norte por el río Paraguay

y hacia el sur por el Paraná. Miles de guaraníes se recluyeron en los montes y tomaron las armas.

Como muchos otros levantamientos, fue finalmente sofocado con extrema crueldad.



Familia guaraní capturada por cazadores de esclavos
Pintura de Jean-Baptiste Debret

Pero el eco de la sublevación de Guarambaré siguió resonando fuerte entre las comunidades guaraníes. También sirvió de inspiración para las insurrecciones que vinieron después.

El nombre de Oberá, con el paso del tiempo, se convirtió en un mito que perdura hasta nuestros días.

En busca de la tierra sin mal

Hay muchas leyendas sobre el origen del pueblo guaraní. Una de las más difundidas narra la historia de los hermanos gemelos Tupí y Guaraní, quienes vivían felices junto con sus familias en la zona de Mato Grosso. Sin embargo, a raíz de la enemistad entre sus mujeres, decidieron separarse y seguir cada uno su propio camino. Tupí emigró hacia el norte, mientras que su hermano se dirigió hacia el sur y dio origen a la nación guaraní.

Los estudios arqueológicos coinciden en señalar que las comunidades tupíes-guaraníes surgieron en los alrededores de la cuenca media del río Amazonas, hace aproximadamente dos mil quinientos años. Durante un largo tiempo formaron un mismo núcleo poblacional, hasta que comenzaron un proceso de dispersión a partir del año 300 o 400 de nuestra era. Los tupíes hacia el norte y los guaraníes hacia el sur.

El desarrollo de los guaraníes se extendió por más de cuatro mil kilómetros, desde el Amazonas hasta el Río de la Plata, en la actual región oriental de Paraguay, centro-oeste de Brasil, noreste de Argentina y asentamientos discontinuos en zonas del Chaco paraguayo y boliviano.

Las primeras comunidades fueron seminómades, y con el correr de los años se establecieron en lugares fijos, siempre cerca de ríos y arroyos, sierras o montes.

Utilizaban una técnica de cultivo en el interior de la selva conocida como milpa o roza, por medio de la cual cortaban los árboles y la maleza para luego realizar una quema y posteriormente la siembra. En general, los hombres se encargaban de la tala y la quema, y las mujeres sembraban y cosechaban.

Solía ocurrir que el uso intensivo de este método durante un tiempo prolongado agotaba rápidamente la tierra y la convertía en improductiva. Ante esa circunstancia, los indígenas desmontaban sus aldeas y se trasladaban a otros lugares, a veces en forma pacífica, y a veces por medio de conquistas violentas que implicaban un sometimiento de otros pueblos nativos. En general se dirigían hacia el sur, buscando suelos aptos que les asegurasen la supervivencia.

Aunque no era la única razón por la que emigraban. Los guaraníes creían en la existencia de la “tierra sin mal”, un paraíso en el que todo era perfecto, al que después de ciertas pruebas solo podían llegar los muertos privilegiados, los payés y los guerreros, los que hubieran tenido el valor y la constancia de observar las normas de vida de los antepasados.

Toda la existencia de los guaraníes era un andar hacia esa tierra sin mal, donde no se envejece ni hay enfermedades, donde el maíz crece solo y los hombres son inmortales, el único refugio que quedará cuando llegue el fin del mundo. Una búsqueda que realizaban de la mano de los chamanes, que eran los líderes e impulsores de las migraciones masivas.

Cada una de esas comunidades gozaba de autonomía, tenía sus propias costumbres y sus propios intereses, al punto que en más de una oportunidad se sometieron unas a otras y se enfrentaron en luchas encarnizadas.

Un conjunto de pueblos que, a pesar de esas diferencias, conformaban la inmensa nación guaraní, con un origen y una lengua común, y una visión del mundo basada en el respeto por las antiguas tradiciones, la adoración a los dioses creadores y la comunión con la naturaleza.

Mercenarios y encomenderos

Las incursiones europeas en la región se sucedieron a partir de 1520, sobre la ribera del río Paraná, hacia el interior del continente. Las expediciones comandadas por Alejo García y Sebastián Gaboto fueron las primeras en tomar contacto con los guaraníes. Motivados por una ambición desmedida por la tierra, el oro y la plata, estos mercenarios al servicio de la corona española los sometieron con una violencia extrema y generaron consecuencias trágicas en sus comunidades.

En 1537, Juan Salazar de Espinoza fundó el fuerte Nuestra Señora de la Asunción en el territorio que era dominado por los carios, una de las parcialidades que integraban la nación guaraní. Hubo una serie de ataques como respuesta a la invasión, pero fueron rápidamente repelidos por los arcabuces europeos.

Los conquistadores dieron inicio a un proceso de dominación política y económica que tuvo como uno de sus ejes principales el aprovechamiento del amplio desarrollo agrícola guaraní, que les aseguraba una provisión variada y abundante de los alimentos que necesitaban para subsistir. También realizaron alianzas militares temporarias con los caciques locales, con el objetivo de enfrentar a los grupos indígenas que habitaban en la zona del Chaco paraguayo, y que históricamente habían sido enemigos de los guaraníes. Esto les permitió a los españoles mantener a raya a esas parcialidades hostiles, mientras iban consolidando su poderío en las tierras conquistadas.

Los indígenas de esa región se denominaban a sí mismos *avá*, lo que significaba “gente”, “ser humano”. Luego los españoles comenzaron a llamarlos

guaraníes, que se cree proviene de la expresión guerrera *guará-my* (“combatidlos”), que escuchaban cuando los enfrentaban.

Junto con la dominación militar, llegó la cruzada evangelizadora, instrumento clave de la conquista, que tuvo como objetivo fundamental convertir a los indígenas al cristianismo y disciplinarlos bajo el nuevo régimen imperante. Se crearon en Asunción curatos, iglesias y conventos, desde donde los religiosos realizaban su tarea evangelizadora e impugnaban la religión guaraní, a la que consideraban blasfema e infiel.

Los conquistadores incorporaron a los indígenas como fuerza laboral para sus actividades productivas, mientras ellos dedicaban su mayor esfuerzo al proyecto colonizador. A los hombres los obligaron a cumplir tareas en los campos de cultivo y en las nuevas ciudades. Las mujeres, en especial las más jóvenes, se incorporaron como criadas en las casas de los conquistadores, donde debían cumplir tareas domésticas y además satisfacer sus apetencias sexuales.

Domingo Martínez de Irala, uno de los jefes españoles responsables de la fundación del ayuntamiento de Asunción, resumió en un escrito de 1541 la situación que se vivía en aquel entonces:

Tenemos de paz con vasallos de su majestad los indios guaraníes si quier carios que viven treinta leguas alrededor de aquel puerto, los cuales sirven a los cristianos así con sus personas como con sus mujeres en todas las cosas del servicio necesarias, y han dado para los servicios de los cristianos setecientas mujeres para que les sirvan en sus casas y en sus rozas; por el trabajo de los cuales y porque Dios ha sido servido de ello principalmente se tiene tanta abundancia de mantenimientos, que no solo hay para la gente que allí reside mas para más de otros tres mil hombres encima; siempre que se quiere hacer la guerra van en nuestra compañía mil indios en sus canoas; y si por tierra los queremos llevar, llevamos los más que queremos; con la ayuda de Dios y el servicio de estos indios havemos destruido muchas generaciones de otros indios que no han sido amigos, especialmente los azages.

En 1556 se implementó la encomienda, que consistía en la entrega de un grupo de nativos a un ciudadano español, en general militar

o funcionario, para quien debían trabajar y a veces pagar un tributo. A cambio, el encomendero se comprometía a protegerlos, educarlos y evangelizarlos.

La nueva normativa profundizó el sistema de explotación del que eran víctimas los indígenas, porque no sometía solo a los individuos, sino a las comunidades con sus caciques y sus familias.



Encomendero maltratando a un indígena
Dibujo de Agostino Aglio

El plazo de una encomienda era extenso. Cuando el contrato caducaba, los encomendados pasaban automáticamente a depender de la corona española.

Incluso podían ser obligados a servir como soldados si el rey lo requería. Nunca recuperaban su libertad.

Esta política golpeó de lleno en la autoestima de los guaraníes. Cansados de la opresión, del trabajo esclavo y del abuso contra sus mujeres, de ver cómo su cultura y sus tradiciones eran pisoteadas por el régimen colonial, comenzaron a rebelarse.

Entre 1556 y 1578 hubo levantamientos en Acahay, Guairá, Yeruquisaba, Taninbú, Tebicuary e Yviturusú. En cada una de esas regiones, los indígenas abandonaron los lugares donde eran obligados a trabajar y se refugiaron en los montes. Las revueltas tuvieron una fuerte impronta religiosa, lideradas por los payés de cada comunidad, que no solo expresaban el rechazo al invasor blanco, sino que también eran reivindicatorias de las costumbres ancestrales del pueblo guaraní.

Con el sol ardiente y la selva como únicos testigos, los enfrentamientos fueron encarnizados y desiguales. Significaron la pérdida de cientos de vidas entre los nativos, y solo la de unas pocas para los conquistadores.

Las derrotas no extinguieron la llama revolucionaria. Se estaba gestando un movimiento de resistencia que duraría varios años más, y que tenía un elemento común: la búsqueda de la libertad y el deseo de guerra contra los españoles. Un levantamiento que alcanzó su punto más alto con la aparición de Oberá.

El resplandor del profeta

La religión cumplía un rol fundamental en la cultura de los guaraníes. Estaba presente en cada aspecto de sus vidas, atravesaba cada una de sus actividades.

Adoraban a un dios principal, Ñanderuvusú, un ser espiritual sin forma que no castigaba ni premiaba, porque era la fuente de todo lo existente. Y era inexorable, nada ni nadie podía cambiarlo.

También veneraban a semidioses, fuerzas sobrenaturales que cuidaban los cultivos, los ríos, la selva y los árboles. Y a la diosa Añá, generadora de las enfermedades, la muerte, la escasez, las pestes y los desastres naturales. Por eso era tan importante la figura del payé o chamán, única persona de la comunidad con poderes suficientes para hacer frente a los males del universo.